

La prensa mexicana y la proclamación de la independencia de Cuba

Tomás Pérez Vejo

El 20 de mayo de 1902 se iza en La Habana, primero en el Palacio Presidencial y después en el Castillo del Morro, la bandera que proclama el nacimiento de la nueva República de Cuba. En los días anteriores y posteriores la totalidad de la prensa mexicana dedica amplios espacios a glorificar un suceso que es calificado, sin excepción, como histórico, de importancia continental y una fiesta para el conjunto de las naciones latinoamericanas.

La República Cubana acaba de nacer y México aplaude con entusiasmo su advenimiento a la vida autonómica e independiente. En torno a la cuna de la recién nacida, se agrupan las repúblicas hermanas, como hadas festivas y expansivas las unas, y como hadas severas y prudentes las otras¹.

El último de los territorios españoles en América llegaba a la vida independiente y se unía, con casi un siglo de retraso, al resto de repúblicas nacidas de la desmembración del antiguo imperio. Se cerraba así el ciclo iniciado en las primeras décadas del siglo anterior y, desde la perspectiva mexicana, se ponía punto final al agrio debate que, a propósito de la posible emancipación cubana, habían mantenido los periódicos del país desde el mismo momento de aparición de los primeros brotes independentistas.

En esta polémica, de gran virulencia, el enfrentamiento cubano-español-norteamericano había tenido, sin embargo, un papel secundario; había sido el paisaje de fondo, no el argumento del debate. A pesar de la importancia geoestratégica que la mayor de las Antillas tenía y tiene para Méjico (sus costas se encuentran a menos de 200 kilómetros de las yucatecas y cierran prácticamente el acceso mexicano al Atlántico) y de las veleidades anexionistas que en algún momento las élites mexicanas mantuvieron con respecto a la Isla, la prensa había utilizado la guerra de Cuba, básicamente, como pretexto. No se trataba tanto de polemizar a propósito de la independencia de Cuba como de encontrar argumentos para dirimir un viejo conflicto

¹ «Saludo a la República Cubana», *El Imparcial*, 20 de mayo de 1902.

sobre la propia definición de México como nación, sobre el ser nacional mexicano y, en última instancia, sobre las causas del fracaso de México (atraso económico, pérdida de los territorios del Norte, invasiones extranjeras...), durante su primer siglo de vida independiente. Una polémica político-ideológica que había envenenado la vida pública mexicana del siglo XIX y que se prolongaría durante la mayor parte del XX, prácticamente hasta nuestros días.

En líneas generales, las posiciones de la prensa mexicana respecto al conflicto cubano² estuvieron determinadas por una serie de presupuestos ideológicos, prejuicios si se prefiere, fruto en su mayor parte de la interpretación que de la historia del país y de su ser nacional hacían los diferentes grupos de opinión activos a finales del porfiriato. Éstos, desde la perspectiva de su actitud frente a la guerra de Cuba, pueden ser agrupados en tres bloques básicos, con diferentes grados de radicalidad dentro de cada uno de ellos:

- a) Los proespañoles. Hispanófilos y conservadores, su interpretación de la historia del país se basaba en la idea de que el elemento determinante de la nacionalidad mexicana era la herencia española. Grupo minoritario, más minoritario aún por encontrarse enfrentado a los otros dos, hace del conflicto cubano una lectura en clave de lucha de civilizaciones: la raza latina contra la raza anglosajona, en la que México debía de estar, por razones de sangre y cultura, del lado español. La guerra de Cuba no era una guerra entre cubanos y españoles, sino entre los Estados Unidos, primero como instigador y después como combatiente directo, y España. La plasmación ideológico-política de este grupo será el hispanoamericanismo, impulsado por España que, en México, había tenido uno de sus grandes momentos en 1892 con la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América. Hay que incluir también en este grupo la importante colonia española y los periódicos que de ella dependían³.

² Para las posturas de la prensa mexicana sobre la guerra de Cuba véase Pérez Vejo, T., «La guerra hispano-norteamericana del 98 en la prensa mexicana», *Historia Mexicana*, 198, octubre-diciembre 2000 (en prensa).

³ La presencia de los españoles en la vida mexicana posterior a la independencia se extiende prácticamente a todos los ramos de la actividad económica, desde la banca al pequeño comercio pasando por las explotaciones agrícolas, aunque especialmente significativa, hegemónica sería más preciso, en el ramo de abarrotes (tiendas de pequeño comercio). Fue, sin embargo, también relevante en otras actividades menos conocidas como, para el caso que aquí nos ocupa, la prensa, donde, entre un largo etcétera, se pueden citar al montañés Anselmo de la Portilla, que llegó a dirigir *El Diario del Imperio* durante el gobierno de Maximiliano, y al también natural de Cantabria Telesforo García, un curioso personaje, empresario periodístico y periodista él mismo, de la época del porfiriato, que fue redactor de *El Precursor*, junto a figu-

- b) Los proindependentistas. Hispanófobos y liberales, su interpretación de la historia del país era radicalmente opuesta a la anterior. La época de la colonia había sido sólo un desgraciado paréntesis en la historia de México. La nación mexicana no era la heredera de la Nueva España sino de las civilizaciones prehispánicas y de la tradición indígena. La Independencia reanudaba la historia de la nación allí donde la habían interrumpido los españoles en 1521 («¡Desde aquel malhadado día 13 de agosto de 1521): ¡qué diluvio de males no ha llovido sobre este suelo! ¡Qué lágrimas no se han derramado en el discurso de tres siglos! Aquellos monstruos de barbarie e ignorancia ¡cuántas trabas no pusieron a las ciencias, a las artes, al comercio y a la navegación! ¡Cuánto no trabajaron por perpetuar aquí la ignorancia y la superstición, armas fuertes con que se atan los ingenios y se vincula para siempre el reinado del terror! (...). Pero nada es eterno en este mundo miserable; compadeciéndose el cielo y amaneció el hermoso día del 16 de septiembre de 1810; oyóse la voz de la libertad en el venturoso pueblo de Dolores; propagóse su eco con la rapidez de la aurora y los hijos y descendientes de Quauhtemoc fueron libres (...) ¡Manes de Moctecuzoma, ya estáis vengados!»⁴). Para este grupo la guerra es un enfrentamiento entre la barbarie española, hija de la Inquisición y del dogmatismo religioso, la España de la Leyenda Negra, la misma que había exterminado a sangre y fuego las brillantes civilizaciones prehispánicas (expresiones como «la sangrienta España», «los avaros conquistadores» o «los ocho siglos de despotismo» son habituales en la prensa más cercana a estos grupos de opinión) y las ideas de libertad y civilización representadas por los independentistas cubanos y los Estados Unidos. Aquí encontrará también refugio el antigachupinismo xenofóbico de las clases populares para las que el gachupín (el español) representa todos los males, no sólo del pasado mexicano, el horror de la conquista; sino también del presente, el usurero que chupa la sangre de los honrados trabajadores mexicanos. La plasma-

ras tan connotadas como Justo Sierra o Altamirano, y fundador de El Centinela Español, mantuvo una amplia correspondencia con el político español Emilio Castelar e inspiró uno de los personajes de Tirano Banderas de Valle Inclán.

⁴ Bustamante, C.M. de, «Notas...» en Sahagún, fray Bernardino de: Historia general de Nueva España, ed. Porrúa, México, 1975, p. 1058. Carlos María de Bustamante es tomado aquí sólo como ejemplo de una corriente de pensamiento, cuyo origen se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII (particularmente a los jesuitas expatriados) y que, de forma más o menos explícita, va a estar presente en todo el nacionalismo mexicano posterior. Piénsese que todavía hoy un partido político, el PRD, con un clara retórica nacional-populista, utiliza el sol azteca como símbolo visual.

ción ideológico-política de este grupo será el panamericanismo, auspiciado por Estados Unidos a la sombra de la doctrina Monroe, y que había llevado a la celebración, en Nueva York, en 1890, de la Primera Conferencia Internacional Americana.

- c) Los oficialistas. La prensa más cercana al gobierno de Porfirio Díaz (*El Siglo XIX, El Monitor Republicano, El Mundo, El Imparcial, El Partido Liberal...*), que, siguiendo la política del gobierno, va a mantener una posición neutral. Se limitan a informar sobre el desarrollo de las operaciones bélicas sin que se dejen traslucir opiniones sobre cuál deba de ser la postura de México. Es de notar que, como trasfondo ideológico general, sus posturas están mucho más cercanas al segundo grupo que al primero, aunque su idea básica es que el país debe mirar más al futuro, Estados Unidos, que al pasado, sea éste prehispánico o español.

Terminada la guerra, de hecho ya desde la entrada de Estados Unidos en la misma, las posiciones de estos grupos comenzaron a polarizarse en torno a cuáles eran las intenciones de los Estados Unidos sobre el futuro de Cuba.

Para los proespañoles parecía claro que Cuba era sólo el último eslabón de una guerra entre civilizaciones en la que cada nueva derrota se saldaba con un retroceso de la civilización española en América. Primero habían sido Tejas, California y Nuevo México, ahora le tocaba el turno a Cuba, y para el futuro era de prever lo peor, salvo que las naciones latinas se uniesen para hacer frente al inexorable avance de los anglosajones. Insistirán, una y otra vez, en que el objetivo último de los Estados Unidos no había sido la independencia de Cuba sino su anexión. Esto explica la relevancia que, desde el principio, conceden los periódicos de este grupo a las discusiones de la posteriormente conocida como enmienda Platt, incluso antes de que ésta fuese oficialmente presentada.

El *Evening Post*, periódico norteamericano, advierte a los cubanos, con motivo de las sesiones de la Convención, que no deben de pensar en que la Gran Antilla disfrute de una libertad absoluta para manejar sus propios asuntos (...). Por más libertad que se les deje en el manejo de sus intereses domésticos —añade el citado periódico—, están tan obligados, geográfica y moralmente, a los Estados Unidos, que nuestro Gobierno, en defensa propia, está en el deber de ejercitar cierta autoridad que, por supuesto, se ha de extender a aquellas operaciones financieras que revistan alguna importancia⁵.

⁵ «Cuba y los Estados Unidos», *El Tiempo*, 10 de Febrero de 1901. Este periódico, católico y conservador, cuyo director-propietario era Victoriano Agüeros, fue el más importante de los periódicos proespañoles.